

El Jinete del Caballo Blanco



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El Jinete del Caballo Blanco

y

Los Ejércitos que le Acompañan

Nº 1452B

Un sermón predicado por Charles Haddon Spurgeon, en El Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” ([α](#))
— Apocalipsis 19: 11-16.

El amado Juan, más que nadie, conocía al humilde Salvador. Había recostado su cabeza sobre Su pecho, y conocía mejor que cualquiera de los otros apóstoles los dolidos latidos del afligido corazón de su Señor. Nunca podría borrarse de su mente el aspecto de Cristo pues de tal manera había sido desfigurado de los hombres su parecer. Juan había visto al amado Sufriente en aquella terrible noche cuando se cubrió de un sudor sangriento en Getsemaní; le había visto después de que hubo sido golpeado y azotado en el palacio de Herodes y en el pretorio de Pilato; había estado incluso al pie de la cruz y había visto a su divino Maestro en medio de las extremas agonías de la muerte; por todo eso, el tierno y afectuoso corazón de Juan no iba a permitir jamás que la sufriente imagen de su Maestro desapareciera de

su memoria. En verdad, si nos hubiera hablado en visión —en términos simbólicos— respecto a lo que había visto de su Señor y Maestro aquí abajo, le habría descrito como un soldado de a pie que sale a combatir solo, sin ningún ejército que le siguiera, pues todos Sus discípulos le abandonaron y huyeron. Él mismo no iba cubierto con una refulgente armadura, sino con vestidos teñidos en sangre y con Su rostro cubierto de vergüenza. Nos habría contado cómo el solitario Adalid luchó solo en medio del polvo y de la sofocación de la batalla, y cómo cayó y mordió el polvo de manera que Su enemigo le holló con su pie y por un momento se regocijó a costa Suya. Les habría contado cómo se levantó del sepulcro, y holló en tierra a Sus adversarios y llevó cautiva la cautividad. Así hubiera sido la descripción de Juan de su primera visión de su Señor como un guerrero combatiente, sólo que en términos muchos más nobles.

Pero ahora, en el pasaje que estamos considerando, se nos informa que fue abierta una puerta en el cielo, y el discípulo a quien Jesús amaba vio algo que de otro modo nunca habría visto, algo que nunca hubiera imaginado. Vio al mismo combatiente Señor, pero de una manera muy diferente. Si Juan hubiera continuado mirando con el ojo del sentido a Cristo y a Sus seguidores aun hasta este día, y hubiera visto la batalla como ha de ser vista en la historia en la tierra, habría dicho que vio al mismo Ser despreciado y desechado a la cabeza de un grupo igualmente despreciado y desechado, guiándolos a prisión y a la muerte. Les habría contado cómo hasta este preciso día el pendón del Evangelio es portado en alto en medio del humo y del polvo, y Cristo crucificado es proclamado en medio de la contención y del ridículo. Juan habría pintado con negros colores la escena de la batalla, de la gran batalla que está siendo librada entre los hijos de los hombres en esta precisa hora. Pero en aquel momento se abrió una puerta en el cielo y Juan vio la escena como Dios la ve. La contempló desde la perspectiva del cielo y vio el conflicto entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás, entre la verdad y el error; vio la escena según la propia y clara perspectiva del cielo y escribió luego la visión para que también nosotros pudiéramos verla. Oh, si somos partícipes de este conflicto, si seguimos al Cordero por dondequiera que va, si estamos comprometidos con la verdad y con lo recto, si tenemos fe absoluta en la sangre preciosa de la expiación y en las grandiosas doctrinas del Evangelio, nos hará bien y hará bullir nuestra sangre si nos ubicamos en una de las serenas cumbres de las colinas

del cielo, sobre las brumas de la tierra, y contemplamos la batalla que se está librando enconadamente en la tierra y que se seguirá librando hasta que Armagedón concluya la guerra. Si nosotros podemos contemplar la escena, si Dios fortalece nuestros ojos, nuestras manos pueden ser vigorizadas para el conflicto y nuestros corazones pueden ser fortalecidos para el combate.

Cuando se abrió la puerta en el cielo, lo primero que el vidente de Patmos advirtió fue a nuestro Capitán; mirémosle a Él primero. Después vio a Sus seguidores; y luego observó el modo de la guerra, y alcanzó a ver la gran derrota del enemigo.

I. Entonces, primero JUAN VIO A NUESTRO CAPITÁN, el Rey de reyes.

Notemos Su glorioso estado. Juan dice: “Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba”. Como ya lo hemos dicho, cuando Jesús estaba aquí era un soldado de a pie; tenía que hundirse hasta las rodillas a través del cieno y del lodo, y tenía que caminar tan agotadoramente como cualquiera de los demás guerreros de la compañía; pero ahora que ha ascendido, aunque continúa combatiendo, lo hace de otra manera. Por supuesto que los términos son simbólicos, y nadie los tomaría literalmente; pero nuestro Señor es descrito aquí como montando un brioso corcel, yendo al ataque en contra de Sus enemigos montando un corcel blanco como la nieve. Esto significa que Cristo es honrado ahora. Les garantizo que ya no es ningún soldado de a pie que va cansado, lleno de polvo y desfalleciente. En una ocasión Salomón dijo que vio siervos a caballo, y príncipes que andaban como siervos sobre la tierra. Y lo mismo sucedía con Cristo: Pilato y Herodes se daban ínfulas mientras Jesús tenía que caminar en dolor y deshonra. Pero ahora, como uno más grande que Mardoqueo, Él cabalga en el corcel del Rey, pues este es el hombre a quien el Rey se agrada en honrar. Nuestro Jesús sale a la guerra en la condición de un Rey, no como un soldado común, sino como un glorioso Príncipe, regiamente montado.

Un caballo denota, no únicamente honor, sino poder. Para los judíos el empleo del caballo en la guerra era algo inusual, de manera que cuando sus adversarios lo usaban ellos le atribuían gran fuerza. Jesucristo tiene gran poder hoy, un poder que nadie puede medir. Él fue crucificado en debilidad,

pero ¿dónde está la debilidad ahora? Él ofreció Sus manos a los clavos y Sus pies para que fueran clavados al madero, pero ya no lo hace más. Ahora se ha montado en el corcel de Su poder, grande sobremanera, y gobierna en el cielo y en la tierra, y nadie puede detener Su mano, o ponerlo en deshonra o disputar Su voluntad. Oh, ustedes, que le aman, solacen sus ojos en Él en este día. No me corresponde hablar ahora; hacerlo sólo sería como sostener una vela contra el sol; pero contémplo por ustedes mismos y sacien sus ojos con la imagen, mientras ven a quien una vez fuera despreciado y desechado, asumiendo ahora Su gran poder.

Allí está simbolizada también la rapidez. Cristo tenía que caminar cuando estaba aquí, y tenía que ir de ciudad en ciudad y a duras penas llegó a visitarlas a todas antes de que se cumpliera Su tiempo; pero ahora Su palabra circula con gran rapidez. Basta con que así lo quiera para que la voz de Su Evangelio se oiga hasta los últimos confines del globo; su mensaje ha circulado por toda la tierra, y sus palabras hasta los términos del mundo. El Evangelio es predicado en todas partes, aunque sólo sea como un testimonio en contra de ellos, y hoy se cumplen ante sus ojos las palabras del profeta Zacarías: “Jehová de los ejércitos visitará su rebaño, la casa de Judá, y los pondrá como su caballo de honor en la guerra”.

El color del caballo tiene el propósito de denotar victoria. Cuando el conquistador romano gozaba de un triunfo, al regresar de una campaña cabalgaba en un corcel blanco a lo largo de la Vía Sacra, y los ciudadanos romanos se apretujaban en los techos de las casas para contemplar al héroe que exhibía su botín de guerra. Jesucristo es ahora admirado por los ángeles y por los espíritus de los elegidos que se apretujan tras los ventanales del cielo para contemplar a Aquel que es glorificado por Su Padre. Hay un caballo amarillo, y el que lo monta tiene por nombre Muerte, y hay un caballo tinto en sangre y otro negro con juicio; pero el Suyo es un caballo blanco, que significa consuelo y gozo para todos los que le conocen y le aman. Viene para pelear pero la pelea es para la paz; viene para herir, pero es para herir a los enemigos de Su pueblo; viene como un vencedor, pero es como un conquistador liberador que esparce flores y rosas por donde cabalga, quebrantando únicamente al opresor pero bendiciendo a los ciudadanos que emancipa.

Les repito que casi no me gusta hablar sobre este tema; me parece que es algo demasiado grande para mí, pero les pediría a los santos de Dios que han llorado en Getsemaní que alcen ahora sus ojos y sonrían al ver al mismo Redentor que una vez estuvo postrado debajo de los olivos, cabalgando ahora sobre un blanco corcel. Su Señor en este momento ya no es despreciado, sino que más bien se prodiga en Él toda la gloria que el propio cielo es capaz de concebir.

Juan miró en el interior de la bóveda abierta del cielo y tuvo tiempo, no sólo para ver al corcel, sino para observar el carácter de Aquel que lo montaba. Dice que quien lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero. Por esto pueden conocer a su Señor. Él ha sido un amigo fiel y verdadero para ustedes. Oh soldados de la cruz, ¿alguna vez los ha engañado? ¿Cuándo les ha fallado, o los ha olvidado? ¿Fiel? Ah, eso es Él, fiel a cada palabra que ha dicho. ¿Y verdadero? ¿No le reconocen, pues acaso no es Él la verdad, la propia verdad de Dios? ¿No ha cumplido cada promesa que les ha hecho, y no han visto que Sus enseñanzas están eternamente basadas en la veracidad divina? Y fiel y verdadero ha sido Él para con el grandioso Padre. Ha completado la obra que se comprometió a realizar. No ha dejado de cumplir ninguno de los compromisos del pacto bajo el que se obligó desde el principio. Él se ofreció como la fianza de Su pueblo y ha sido fiel y verdadero con esa fianza sobremanera costosa. Él vino para ser el liberador de Sus elegidos, y ha consumado su liberación. No se ha desviado ni a la derecha ni a la izquierda, sino que ha sido fiel y verdadero con cada promesa que le hizo a Su Padre para la liberación de Sus elegidos. Sí, y aun Sus enemigos, si bien le dirigen muchas palabras amenazantes, no pueden decir que Él no es fiel y verdadero. No ha actuado con falsedad ni siquiera para con el más vil demonio en el infierno, ni ha engañado, en ningún sentido, al más vil de los hombres con vida. Ni tampoco lo hará, pues cuando llegue el día de que cumpla con Su palabra de terror, hará que el castigo corresponda a cada sílaba de la amenaza, y ajustará el juicio a cordel, y a nivel la justicia, y aun Sus adversarios, aunque para siempre lamentarán el hecho, confesarán que Su nombre es Fiel y Verdadero. Lo llamaron con muchos nombres ofensivos mientras estuvo aquí; decían que tenía demonio y que estaba loco; pero ahora es reconocido que Su nombre es Fiel y Verdadero. Nosotros lo reconocemos con intenso deleite, y nos alegra pensar que guía a las tropas del cielo a la batalla.

Juan seguía mirando y mientras contemplaba con unos ojos abiertos observó el modo de acción y de guerra que el Adalid empleaba, pues dice: “Y con justicia juzga y pelea”. Jesús es el único rey que siempre hace la guerra de esta manera. Ha habido brillantes excepciones a la regla general, pero la guerra es usualmente tan engañosa como sangrienta y las palabras de los diplomáticos son una sarta de mentiras. Parece imposible que los hombres deliberen acerca de la paz y de la guerra sin que olviden en seguida el significado de las palabras y las obligaciones de la honestidad. La guerra pareciera todavía una actividad en la que la verdad está fuera de lugar; es un asunto tan maldito que la falsedad se encuentra allí en su elemento y la justicia abandona el campo de batalla. Pero en cuanto a nuestro Rey, Él efectivamente juzga y pelea con justicia. El reino de Cristo no necesita de ningún engaño. Las armas de nuestra guerra son el lenguaje más sencillo y la verdad más transparente. La astucia jesuítica que habla con engaños, la superchería sacerdotal que mina la fe en Dios de los hombres para enseñarles la fe en sus semejantes, la falsedad que no enseña una doctrina desde el principio sino que la insinúa gradualmente a las mentes débiles, la astucia que se arrastra al interior de las casas y descarria a mujeres necias que son esclavas de sus concupiscencias, todo eso no tiene nada que ver con el reino de Cristo. “Con justicia juzga y pelea”. Él les ordena a Sus paladines que no salgan con otra cosa sino con Su palabra y que proclamen esa palabra fielmente, tal como la reciben, independientemente de que los hombres quieran oírla o quieran abstenerse de hacerlo. Él les dice a los elementos de Su pueblo, doquiera que se encuentren, que vivan justamente, sobriamente y con toda integridad, y Él mismo sacude, como un hombre sacude una víbora de su mano, cualquier cosa que sea injusta, cualquier cosa que sea contraria a la verdad y a la santidad. Este es nuestro Adalid, y yo les garantizo que ustedes están muy felices de que cabalgue en un caballo blanco y de que tenga el dominio. Como Él combate de esa manera, mientras más prevalezca ese tipo de guerra, será mejor para la humanidad.

Mirando todavía en el interior de la puerta abierta, Juan vio algo —no mucho— de la persona de su bendito Maestro. Y, por supuesto, miró, primero, esos ojos, esos amados ojos que se habían llenado de lágrimas con tanta frecuencia y que al final estaban incluso enrojecidos por el llanto. Juan miró en su interior, o deseó hacerlo, pero tuvo que cubrir sus propios ojos

pues estaban deslumbrados. Dice: “Sus ojos eran como llama de fuego”. Piensen esta noche en su Señor en el corcel blanco con unos ojos como esos. ¿Por qué son como llamas de fuego? Pues bien, primero, para discernir los secretos de todos los corazones. No hay secretos aquí que Cristo no vea. No hay ningún pensamiento lascivo, no hay ningún escepticismo incrédulo que Cristo no lea. No hay ninguna hipocresía, ningún formalismo, ningún engaño que no examine con la misma facilidad con la que un hombre lee una página en un libro. Sus ojos son como una llama de fuego para leernos integralmente y conocer hasta lo más íntimo de nuestra alma. Oh, piensa en esto y si albergas algún engaño, tiembla ante Aquel en cuyo espíritu no hay engaño. Esos ojos, como una llama de fuego, le pertenecen a nuestro Adalid para que pueda entender todas las intrigas y astucias de todos nuestros enemigos. Algunas veces nos alarmamos; decimos que las maquinaciones de Roma son muy profundas, y que las conspiraciones de la infidelidad se sumergen hasta lo más hondo. Pero ¿qué importa eso? Sus ojos son como una llama de fuego: saben qué es lo que se proponen. Él confundirá su política, dejará al descubierto sus malignos ardides, y todavía irá al frente de Su ejército venciendo, y para vencer. No temamos nunca mientras Él cabalgue en el corcel blanco con ojos como los Suyos.

Era natural que la mirada de Juan se desplazara de los ojos a la frente, y mientras contemplaba a nuestro Adalid en el caballo blanco vio que había en Su cabeza muchas diademas. Lo último que había visto allí era una corona de espinas, pero esa ya no se encontraba ahí, y en el lugar de la solitaria corona de zarzas de la tierra, Juan vio muchas diademas de las joyas del cielo. Ahí está puesta la diadema de la creación, pues esta Palabra hizo el cielo y la tierra; ahí está la diadema de la providencia, pues este Hombre rige ahora a las naciones con una vara de hierro; ahí está la diadema de la gracia, pues es por Su regia mano que se otorgan las bendiciones; ahí está la diadema de la iglesia, pues han de saber todos los hombres que no hay ninguna otra cabeza de la iglesia sino Cristo, y ay de aquellos que se roben el título. Él es Cabeza sobre todas las cosas para Su iglesia, y Rey en medio de ella. Sí, hay en Su cabeza muchas diademas, puestas ahí por almas de individuos a los que Él ha salvado. Cada uno de nosotros ha tratado de coronarle a nuestra pobre manera, y lo haremos en tanto que vivamos. Toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra, y por

tanto, es bueno que multitudes de diademas cubran esa augusta frente que una vez fue ceñida con espinas. ¡Gloria sea dada a Ti, oh Hijo de Dios! Nuestros corazones te adoran esta noche al contemplarte en Tu corcel blanco.

Mientras le contemplaba todavía, Juan vio algo más, es decir, Su ropa. Dice que Su ropa estaba teñida en sangre. Oh, pero este es el pensamiento más grandioso acerca de nuestro Maestro doquiera que esté: que siempre es un varón rojo que viste una ropa ensangrentada. Él está en Su más excelente condición como el sacrificio expiatorio. Nosotros le amamos al ver el blanco lirio de Su naturaleza perfecta, pero la rosa de Sarón es la flor para nosotros, pues su dulce perfume infunde vida a nuestras almas desfallecientes. Sí, Él se desangró, y esto es lo más grandioso que podemos decir de Él. Su vida fue gloriosa, pero Su muerte la trasciende. Nos embelesa pensar en un Cristo viviente, en un Cristo reinante; pero, ¡oh, el Cristo sangrante, el Cristo que se desangró por mí! Tal como la sangre es la vida, así también Su sangre es vida para nosotros: la vida del Evangelio, la vida de nuestras esperanzas: y uno se deleita pensando que aunque Él cabalgue en el caballo blanco no se ha despojado nunca de Su ropa ensangrentada con la que ganó nuestra redención. Se ve como un Cordero que ha sido inmolado y que ejerce Su sacerdocio todavía. Siempre que sale para vencer lleva puesta Su armadura, Su ropa teñida en sangre. Oh, predíqueno a Él, siervos Suyos, predíqueno a Él en Su ropa teñida en sangre. Si lo presentan con cualquier otro tipo de traje no verán nunca que las almas son salvadas. Le despojan de Su propia ropa, y le ponen la de alguien más, y pretenden que lo están volviendo más ilustre al ponerle un manto escarlata, pero Su propia sangre es Su belleza y Su triunfo. Que se presente ante nosotros con esa ropa y nuestro corazón le coronará con la aclamación más sonora.

Juan vio algo más y era Su nombre. Pero aquí pareciera contradecirse. Dice que tenía un nombre que ninguno conocía; sin embargo dice que Su nombre era: EL VERBO DE DIOS. Oh, pero todo eso es cierto, pues en alguien como nuestro Maestro tiene que haber paradojas. Ninguno conoce Su nombre. Ninguno de ustedes conoce toda Su naturaleza. Su amor sobrepasa el conocimiento de ustedes; Su bondad, Su majestad, Su humillación, Su gloria, todas esas cosas trascienden el conocimiento de

ustedes. No pueden conocerle. ¡Oh, las profundidades! Aunque se sumerjan hasta lo más hondo del misterio del Dios encarnado no podrían alcanzar jamás su fondo. “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre”. Y, no obstante, ustedes conocen efectivamente Su nombre, pues saben que Él es “el Verbo de Dios”. ¿Y qué quiere decir eso? Pues bien, cuando un hombre quiere darse a conocer, habla. “Habla” —dijo el filósofo— “para que yo te vea”. El discurso de un hombre es la encarnación de su pensamiento. Cuando oyen su palabra conocen su pensamiento si se trata de un hombre que dice la verdad. Ahora, Cristo es la palabra de Dios. Él les expresa Su corazón. Sus más íntimos pensamientos de amor están impresos en grandes letras mayúsculas, y están expuestos ante ustedes en la persona del viviente, amante, sangrante y moribundo Hijo encarnado de Dios. Por eso es llamado la Palabra de Dios, y en ese carácter es conveniente que nos deleitemos sobremanera en Él, y que nos exultemos porque ahora Él cabalga en triunfo en Su blanco corcel.

II. Les he pedido así que contemplen lo que Juan vio. El tiempo apremia, sin embargo, y sólo puedo pedirles a continuación que si han visto al más refulgente Ser de todos montando el blanco corcel, que miren simplemente a SUS SEGUIDORES. “Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos”.

Veán, entonces, que Cristo tiene un gran séquito, no un ejército, sino “ejércitos”, huestes enteras de seguidores en números que no se pueden contar. Mi Señor no es el líder de un pequeño grupo, sino que cuenta con un gran ejército. Hay algunos que piensan que todos los seguidores de Cristo van a su pequeño Bet-el, y así todos ellos se sientan en la cima de su propio Monte Sion, y dulcemente bendicen al Señor que deja fuera al resto de la humanidad. Pero yo les digo que su pequeño Bet-el no constituiría ni un establo para los caballos de Sus lugartenientes. Él cuenta con grandes ejércitos que le siguen, pues ha redimido con Su sangre sumamente preciosa a un número que no se puede contar de cada pueblo y nación y lengua.

Y ustedes pueden notar que los que le siguen todos van montando. Le seguían en caballos blancos. Montan el mismo tipo de caballos que Él monta, pues a ellos les va como a Él le va: cuando Él camina, ellos tienen

que caminar; cuando Él carga con una cruz, ellos tienen también que cargar con cruces; pero cuando recibe una corona, exclama: “Ellos serán coronados también”. Si alguna vez monta un caballo, hará que Sus santos monten caballos también, pues no es propio de Él que mientras Él cabalga ellos tienen que caminar. Recuerden cómo motivaba Alejandro a sus soldados. Siempre que las tropas estaban sedientas, Alejandro se abstenía de beber; y cuando marchaban a pie, Alejandro caminaba con ellos. Lo mismo sucede con nuestro Señor: Él ha estado marchando aquí con nosotros en los caminos ásperos pero nos dejará cabalgar con Él en los caminos de la gloria cuando llegue el tiempo.

Los ejércitos de Cristo le seguían en caballos blancos. Vean ustedes detenidamente esos caballos blancos, pues quiero que observen la armadura de sus jinetes. Los hombres de Cromwell llevaban largas fundas de hierro al cinto en las que enfundaban espadas que limpiaban con frecuencia sobre las crines de sus caballos cuando estaban enrojecidas por tanta sangre. Leer esa historia es algo terrible, por valerosos que fueran aquellos “costillas de hierro”. Pero si miran a estas tropas observarán que no hay ni una sola espada en medio de ellos. No cuelga ni una sola funda; ni un solo trozo de metal refleja el destello de la luz del sol. No hay ni cascos ni corazas allí, ni pareciera haber alguna pistola en su funda. Ellos no están armados con lanzas o picas y, sin embargo, van cabalgando a la guerra. ¿Quieren saber cuál es la armadura de esa guerra? Les diré. Están vestidos de lino finísimo, blanco y limpio. ¡Ese es un extraño uniforme de batalla! Y, con todo, así es como vencen, y como debes vencer tú también. Esa es tanto la armadura como el arma. La santidad es nuestra espada y nuestro escudo. Esa es la pica y ese es el cañón. Basta que vivamos como vive Cristo y le sigamos, y entonces venceremos, pues ninguna espada puede alcanzar a quien vive para Dios, ya que aunque matare su cuerpo, no puede tocar su alma: todavía vive y vence. Piensen en esto, y nunca pidan ninguna otra armadura sino ésta en el día de la batalla.

Sin embargo, he dicho que todos ellos iban en caballos blancos, lo cual les muestra que los santos de Dios tienen una fuerza que algunas veces olvidan. Tú no sabes que cabalgas en un caballo, oh hijo de Dios; pero hay un supremo poder invisible que te ayuda al contender por Cristo y por Su verdad. Eres más poderoso de lo que piensas, y vas cabalgando más

rápidamente a la batalla y pasas más rápidamente sobre las cabezas de tus enemigos de lo que hayas imaginado jamás. Cuando se abra una puerta en el cielo para ti y llegues al fin de la batalla, dirás: “Bendito sea el Señor porque yo también cabalgué en un caballo blanco. Yo también vencí cuando pensaba que estaba derrotado. Yo también, por la simple obediencia a Su voluntad, y guardando la fe y caminando en Su verdad, he sido más que un vencedor por medio de Aquel que me amó”.

¿Y no es este un grandioso espectáculo —este hombre bello, como le llama Rutherford— montado en Su caballo blanco, y todos esos seres resplandecientes que le siguen en su gloriosa formación de batalla?

III. Y ahora debemos concluir, pues acaba de sonar la campana para señalar que se agotó el tiempo, pero no podemos terminar mientras no hablemos de LA GUERRA. ¿Qué es esta guerra? No puede haber guerra sin una espada, y, no obstante, si miran a lo largo de todas las filas de los ejércitos vestidos de blanco, no hay ni una sola espada entre todos ellos. ¿Quién lleva la espada? Hay uno que la lleva por todos ellos. Es Él, el Rey, que viene para comandarnos. Él lleva una espada. Pero, ¿dónde? ¡Está en Su boca! ¡Cuán extraño lugar! Una espada en Su boca. Sin embargo, esta es la única espada que blande mi Señor y Maestro. Mahoma sometió a los hombres con la cimitarra, pero Cristo conquista a los hombres con el Evangelio. Sólo tenemos que declarar las buenas nuevas del amor de Dios, pues esta es la espada con la que Cristo hiere a las naciones. Sean Sus bocas, hermanos míos; sean Sus bocas, hermanas mías. Declaren las buenas nuevas a sus hijos en sus clases de la escuela dominical, declaren las buenas nuevas a los pobres en las esquinas de las calles, cuenten mediante sus pequeños panfletos impresos, si no pudieran hacerlo con sus voces, toda la historia de cómo nos amó y se entregó por nosotros pues esta es la espada de nuestra guerra que sale de la boca de Cristo. Bástenos luchar con esta espada y con nada más.

Pero para quienes no quieren rendirse a ella, nuestro Líder tiene una mano así como una lengua y Él dice que regirá a las naciones con una vara de hierro; y si leyeran la historia de principio a fin encontrarían que todas las naciones que rechazan el Evangelio tienen que sufrir por ello. Seleccione un ejemplo. El Evangelio llegó a España hace años, y multitudes

de personas de la nobleza fueron convertidas; pero ellos tenían sus autos de fe, y quemaban a los santos y la maldita Inquisición sacó al Evangelio de España, y hasta este día la nación no ha podido levantarse. Yo confío que lo hará por la misericordia perdonadora de Dios; pero durante siglos, aquella que gobernó a las naciones y cubrió los mares con sus armadas ha estado revolcándose en su pobreza y en su indolencia, pues Cristo la ha gobernado con una vara de hierro, y así gobernará a todas las naciones que rechacen el testimonio de Su boca. Si la espada de Su boca no es atendida, entonces viene lo último de esta terrible guerra —y que Dios nos conceda que nunca lo sepamos— cuando Su pie actúe, pues Él pisa el lagar del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Ah, qué estrujamiento ha de ser aquel que vendrá sobre los racimos de Gomorra por el pie que una vez fue clavado a una cruz. ¿Quién pisoteó el alma de ese pecador y la aplastó? ¿Fue un ángel airado con una espada de fuego? Fue el Cristo de Dios, el hombre de amor, despreciado y desechado. Más fiero que un león sobre su presa es el amor una vez que es provocado. Cuando el amor se convierte en celos sus fuegos son como brasas de enebro, que tienen una llama violenta. Guárdense, ustedes, despreciadores, de continuar despreciando. Sométanse a la espada de Su boca, no sea que sean heridos por Su mano. Sean sabios una vez que Su mano comience a herirlos no sea que tengan que sentir Su pie, pues entonces todo ha terminado.

Que ustedes y yo tengamos un caballo blanco con el cual seguir a Cristo. Pero nunca lo tendremos a menos que seamos Sus seguidores aquí. Tenemos que ponernos ahora nuestras ropas blancas como la nieve. Aquí están listas para ustedes. La justicia de Cristo le será dada a todo hombre que le acepte y crea en Él; y cuando se pongan sus ropas blancas como la nieve, Él les dará el caballo de Su sagrada fuerza, y ustedes, sí, ustedes, siguiendo la huella de su valiente líder, cabalgarán dando voces: “Victoria, victoria, victoria, por medio de la sangre del Cordero”. Que el Señor los bendiga por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



(α) Porción de la Escritura leída antes del sermón: Apocalipsis 18: 21-24; Apocalipsis 19. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

Apocalipsis 18:21-24

21 Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada.

22 Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti.

23 Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.

24 Y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.

Apocalipsis 19

Alabanzas en el cielo

1 Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: !!Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro;

2 porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.

3 Otra vez dijeron: !!Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.

4 Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: !!Amén! !!Aleluya!

5 Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios

todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes.

6 Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: !!Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!

7 Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.

8 Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.

La cena de las bodas del Cordero

9 Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios.

10 Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

El jinete del caballo blanco

11 Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea.

12 Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo.

13 Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS.

14 Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos.

15 De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.

16 Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre:
REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

17 Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios,

18 para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes.

19 Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército.

20 Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre.

21 Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.

Reina-Valera 1960